

Henequen, pieles y maderas finas tienen bastante demanda; pero solo con el primero de estos artículos se hacen operaciones de importancia. En general, si un buen tratado de comercio no se lleva á cabo, se pasará mucho tiempo antes de que entre México y los Estados-Unidos se desarrollen grandes negocios.

.....

.....

IX.

Yo poco atendía á lo que hacían ó hablaban mis amigos, pues me ocupaba en preparar mi viaje para San Francisco.

—¿Ha arreglado vd. ya su itinerario? me preguntó Jimenez.

—Sí, tomaré la dirección de Albany y me detendré algunos días en el Niágara y en Chicago.

—Va vd. á pasar por Siracusa y por Roma.

—Sé que volveré á encontrarme con esa geografía singular americana, con ese viejo mundo renovado. Siracusa al lado de Utica; Chartres cerca de Menfis; Canton junto á Venecia.

—En compensación Toledo queda lejos de Madrid.

—Sí, pero estando en Madrid, en poco tiempo se llega á Corinto.

—

PARTE TERCERA

DE NUEVA-YORK A SAN FRANCISCO.

CAPITULO I.
WEST-POINT.

Hay ciertos sitios ligados de tal modo con la historia, que no puede pronunciarse su nombre sin que se evocuen los recuerdos de una de esas catástrofes inesperadas y ruidosas que se destacan, cual una pirámide, en medio de los demás acontecimientos. Tal es la suerte de West-Point. Su escuela militar, lo importante que ella contiene, todo se olvida ante la consideración del deplorable suceso de que aquel lugar fué teatro en la guerra de independencia.

Nadie ignora, en efecto, que allí estuvo próxima á perecer en su cuna la nacionalidad americana por la traición del General Arnold; que de allí procedió la orden para que se ejecutara al oficial inglés Andrés; y que el

autor principal del complot, Arnold, solo debió su salvacion á lo precipitado de su fuga.

¡Extraño destino el de este general americano! Dotado, como Alcibiades, de grandes cualidades al lado de grandes defectos, es valiente hasta la temeridad, irritable é inquieto hasta hacerse odioso. Desde el principio de su vida da muestras de este carácter turbulento é indócil. Sus juegos consisten en suspenderse á las ruedas de un molino de agua sumergiéndose y reapareciendo á cada vuelta. A los diez y seis años se alista en la milicia, sin avisar á nadie. Su madre logra romper el enganche; mas al poco tiempo vuelve al ejército, donde la disciplina acaba al fin por disgustarle. Se hace farmacéutico y despues comerciante: emprende en todo lo aventurado, se bate con un frances en duelo, termina por una bancarota é imprime en todos sus actos el sello de la violencia y de una actividad que causa vértigo.

La revolucion americana lo sorprendió en New-Haven mandando 58 soldados. A la noticia de la batalla de Lexington reune al pueblo, le dirige una de esas arengas patrióticas propias de los ambiciosos y se pone al frente del movimiento revolucionario. Presentándose despues al comité general de Massachusets, con un plan para atacar Ticonderoga, consigue el título de coronel y marcha á reclutar soldados para su empresa. Mas el comandante Ethan Allen se le ha anticipado y se dirige ya sobre aquella plaza. Arnold no se desanima. Reclama el mando de las fuerzas; pero estas se niegan á seguirlo: Entra entónces al mismo tiempo que ellas en Ticonderoga y allí vuelve á instar porque se le reco-

nozca como jefe. El Consejo Superior del Estado tiene que decidir la cuestion confirmando en su autoridad á Ethan Allen.

Poco tiempo despues Arnold se declara almirante. Con unos cuantos buques que puede recoger en el lago Champlain va á atacar la marina inglesa. La fortuna favorece su audacia. Pero estos pequeños triunfos no le bastan. Pretende invadir el Canadá. Su manejo de valores públicos ha comenzado sin embargo á inspirar sospechas y la legislatura de Massachusets, léjos de aprobar su idea, le pide cuentas de las municiones y de las armas. Arnold presentó su dimision.

Aquellos talentos militares no han pasado desapercibidos al genio sagaz de Washington. ¿Se quedará sin emplear ese heroismo aventurero? ¿los principios de una revolucion, que necesitan almas de cierto temple, no aprovecharán esa audacia y ambicion? Contra la voluntad de los hombres civiles de su país, Washington favorece al general desairado y, poniéndolo á la cabeza de mil cien hombres, le encarga cruce el desierto y se dirija á Quebec. La expedicion es peligrosa é incómoda. Combates con los indios, agua hasta las rodillas, paso del San Lorenzo ante buques ingleses, nada detiene á Arnold. "Se nos tomaria por anfibios, escribe al general en jefe, tantas son las horas que tenemos que pasar luchando con el agua."

Seria preciso una epopeya para narrar las proezas de *los hombres de fierro*, como se llamó en el Canadá á las tropas mandadas por Arnold. Montgomery muere como Leonidas; el Comandante en jefe es herido; los sol-

dados tienen que invernar en casas formadas por nieve petrificada. Mas los hombres políticos de las Colonias Unidas han resuelto quitar el mando á un hombre de cuya probidad desconfían y cuyo carácter les hiere y lo sustituyen con Gates, un incapaz. Desde ese momento tuvo que pensarse en la retirada del ejército.

Arnold vuelve á los combates en el lago Champlain. Con tres goletas y otras tantas galeras sostiene una terrible lucha contra navíos de tres mástiles y chalupas cañoneras que llevan á su bordo más de setecientos hombres. A pesar de la superioridad de sus fuerzas, los ingleses dejan el combate á las cinco de la tarde. Las galeras hacen agua, el número de muertos y heridos es considerable, Arnold por falta de artilleros ha tenido que apuntar él mismo los cañones. La retirada se hace necesaria y es preciso aprovechar para ella la oscuridad de la noche. Al día siguiente, alcanzada por los navíos ingleses la galera que lleva á Arnold, sostiene este el fuego durante cuatro horas consecutivas, y cuando su barco no es ya sino un armazon ennegrecido, manda incendiarlo, saliendo el último de aquellas tablas humeantes, mientras sus soldados, mosquete en mano sobre la playa, molestan aún á los marinos enemigos.

El apogeo de la carrera militar de Arnold es la campaña contra Burgoyne. Colocado á las órdenes de Gates, jefe inútil y envidioso, despues de importantes servicios prestados en la expedicion, es separado del mando la víspera de la batalla decisiva. Esto no obstante se le ve la mañana siguiente montar á caballo á los primeros cañonazos y dirigirse al galope al lugar del combate. Un

ayudante recibe la orden de volverlo atras; pero él se lanza impetuoso en medio de la pelea. Por todas partes se le encuentra dando disposiciones, dirigiendo los movimientos de las tropas, supliendo á la indolencia y inexperiencia del general en jefe, reemplazando los oficiales muertos, escogiendo los lugares peligrosos y agitando su sable para reunir á los soldados y conducirlos. Los Estados-Unidos deben á este furor indisciplinado una de las victorias de que más legítimamente pueden enorgullecerse, y de la que dependió en gran parte su existencia como nacion soberana.

¿Cómo paga el país estos servicios? Humillando á Arnold; prefiriendo en los puestos principales á hombres que le son bien inferiores; arrojándole manchas con dudas continuas sobre la inversion de los fondos que ha manejado; y viendo con malos ojos la autoridad que todo soldado tiene necesidad de arrogarse en la guerra. En Pensilvania, yéndose más adelante que en Massachusetts, el general es citado ante una Corte Marcial, y el asunto toma un giro desfavorable no obstante la proteccion y recomendaciones de Washington.

Un carácter ménos irritable que el suyo se habria sentido herido por esta ingratitud. Recordemos la historia de Coriolano. La madre hizo retroceder á este último: á Arnold, su mujer va á acabarlo de perder.

Entre las jóvenes hermosas de Filadelfia hay una de quien el general obtiene la mano. ¿Qué averigua en su casamiento? Que su esposa ha tenido relaciones amorosas con un oficial inglés llamado Andrés. Desde ese momento dos ódios germinan en su alma; uno para los

que lo han humillado; otro para aquel que ha tocado la delicada cuerda de sus sentimientos más íntimos.

Imagina entónces un medio para satisfacer precisamente una ú otra venganza.

—Seguireis teniendo correspondencia con Andrés, le dice á su esposa.

Y por este conducto hace saber al general inglés Clinton que está dispuesto á unirse con él. Pero al principio se hace bien poco caso de estas indicaciones.

No sucede lo mismo cuando Arnold consigue el mando de West-Point. La posesion de esta plaza entrega á los ingleses gran cantidad de pertrechos de guerra; favorece las relaciones con el Canadá; evita la comunicacion entre los Estados del Centro y los del Este y priva á los ejércitos franceses y americanos de los socorros necesarios si intentan un golpe de mano contra Nueva-York. Clinton encarga á Andrés que se entienda con Arnold.

Una noche tranquila, de brillantes estrellas, fué la que escogió el oficial inglés para pasar al campo americano. El comandante de West-Point lo esperaba en una arboleda espesa. Se abre larga discusion sobre las condiciones, que dura hasta la aproximacion del dia.

—No podeis iros á esta hora, dice Arnold, os reconocerian. Además, teneis que llevar un plano de la fortaleza, con notas é indicaciones de los lugares en los que diseminaré las fuerzas y de los caminos que quedarán libres y sin defensa.

—El general Clinton me recomedó no recibiera papel alguno, contestó Andrés.

—Lo que os voy á dar es indispensable para el buen éxito.

Y en efecto, la noche siguiente, persuadido Andrés de que debe aceptar un disfraz y colocando los papeles bajo sus medias, parte á traspasar las líneas americanas.

Ya lo habia conseguido, ya caminaba lleno de alegría por el territorio neutral que conducia á las Llanuras Blancas. De repente su caballo es detenido de la brida y varios mosquetes se apuntan contra su pecho.

—Señores, exclama Andrés, quien toma á aquellos hombres por guerrilleros ingleses, somos del mismo partido. Soy oficial del ejército y vengo encargado por el general Clinton de una comision urgente.

Aquellas palabras imprudentes lo perdieron. Se le registra. Con los papeles que se le hallan es conducido al puesto militar más inmediato.

Esto pasaba al comenzar la mañana. Al poco tiempo ya tenia conocimiento Arnold de la captura de su cómplice.

Toma inmediatamente un caballo, dirigiéndose á la ribera del Hudson. Desata un bote, llama seis remeros, les promete dos galones de rhon si van pronto y haciendo ondear un pañuelo blanco, como si fuese parlamentario, llega de esta manera á un buque inglés estacionado á alguna distancia.

Su intento va al fin á realizarse. Andrés será ahorcado como espía. Sin embargo, hay todavía un momento en que está próximo á fracasar.

Andrés era querido en el ejército. Clinton hace toda clase de esfuerzos para que se salve. Entre otros medios propone canjearlo.

—Entregadme á Arnold, contesta Washington, y os devolveré á Andrés.

Clinton rechazó la proposición. A sus ojos Arnold no había hecho más que volver á su soberano legítimo, deponiendo las armas rebeldes. No era posible sacrificarlo.

CAPITULO II.

CAIDAS DEL NIAGARA.

Nos acercábamos al Niágara en una noche lóbrega y fría. La locomotora, arrojando bocanadas de fuego, nos dejaba ver, de tiempo en tiempo, los cercados hechos de vigas y tablas y los campos feraces del Estado de Nueva-York. Sábanas de nieve con anchos rasgones se extendían en varios parajes. Adelante, todo el campo cambió su vestidura verde por el blanco sudario, y entre aquel océano de espuma, solamente se levantaban algunas casas con el hielo endurecido formando sobre su techo labores caprichosas.

Un jóven del Perú me acompañaba. Venía de combatir contra el ejército y marina Chilenos, habiendo tomado parte en las expediciones del "Huascar." De treinta y dos años, poco más ó menos, su semblante presentaba ya surcos dibujados por el dolor. Su carácter era meditabundo y reservado. Hacia algunos días que lo había yo conocido, y siempre lo había visto entregado á sus propios pensamientos y animado, á lo más, por una triste sonrisa.

Llegamos á Suspension Bridge y Rites (así se llamaba) vino conmigo al hotel. Teníamos resuelto dirigirnos en la mañana á la orilla del río. Visitáramos Whirpool y de allí partiríamos subiendo la corriente. Este fué el proyecto de nuestra excursión.

Muy temprano estábamos cerca de Whirpool. Por un elevador descendimos á la orilla. Las aguas se entrecuchan fuertemente levantando rizados penachos. Más abajo se tranquilizan tomando un color pronunciado de esmeralda y entrando en una especie de embudo de verdura. En el fondo el agua da vueltas llevando todo en el círculo que silenciosamente describe. Pero este remolino casi no se ve en la superficie. Allí parece que el río ha concluido, que extenuado con la fuerza que arriba acaba de mostrar se ha convertido en un manso estanque: no se distingue ninguna salida. Solo caminando aún se vuelve á descubrir la corriente oculta entre los árboles, formando un ángulo casi recto, enviando las aguas con fuerza hácia el Lago Ontario.

Suspension Bridge parece á lo léjos un hilo tendido salvando el abismo. Este hilo, sin embargo, pone en comunicación el Canadá con los Estados-Unidos. Al acercarse se ve que el puente tiene dos pisos: por uno pasan pedestres y carruajes; por otro ferrocarriles. La garganta que atraviesa tiene 240 piés. Cincuenta centavos hay que pagar por cruzarla. Mediante esta suma se llega á la ribera del Canadá.

—Buena frontera, exclamó Rites al atravesar el puente.

En efecto, de uno y otro lado las rocas caen casi per-